

LA VIRGEN DE LOS SICARIOS LEÍDA A CONTRAPELO: PARA UN ANÁLISIS DEL *FLÂNEUR* EN TIEMPOS DE AVIONES Y REDEFINICIÓN DEL ESPACIO PÚBLICO¹

Artículo de reflexión

SECCIÓN CENTRAL

Jorge Joaquín Locane

Lateinamerika-Institut – Freie Universität Berlín / jjlocane@gmail.com

Jorge J. Locane es Licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires, donde también ha trabajado como investigador adscrito de la cátedra Literatura Argentina II. En la Universidad Libre de Berlín ha obtenido el título de Máster en Estudios Latinoamericanos Interdisciplinarios y actualmente lleva a cabo su proyecto de investigación de doctorado. Es docente y miembro del equipo de redacción de la revista literaria Alba-Berlín.

¹ El presente artículo de reflexión es un avance de la investigación de doctorado en curso *Bogotá, Cartagena y Medellín recorridas. Operaciones sobre la ciudad fragmentada en algunas narraciones colombianas de las últimas dos décadas*. El autor le agradece al KAAD el apoyo financiero, a la Prof. Dr. Susanne Klengel su asesoramiento y a Juan Camilo Rodríguez Pira el diálogo atento.

RESUMEN

El presente artículo presenta una lectura de *La virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo algo desviada de los ejes habituales. Tomando distancia de los análisis que se concentran en la violencia y en la figura del sicario, y, partiendo de una perspectiva narratológica, propone tomar como objeto central el desplazamiento que Fernando, en tanto *flâneur* anacrónico, realiza por la ciudad de Medellín. Desde este enfoque, se muestra cómo este movimiento, guiado por un impulso de atracción hacia lo *siniestro*, desafía fronteras y produce una hibridación con el “otro” que se expresa en la evolución del lenguaje del protagonista. Asimismo, se observa cómo el movimiento realizado por el personaje sirve para dar cuenta críticamente de los atributos que adquiere el espacio local en el contexto del actual diseño geopolítico global.

PALABRAS CLAVES

Flâneur, siniestro, civilización/barbarie, global/local, hibridación

OUR LADY OF THE ASSASSINS READ AGAINST THE GRAIN. FOR AN ANALYSIS OF THE FLÂNEUR IN TIMES OF AIRPLANES AND THE REDEFINITION OF PUBLIC SPACE

ABSTRACT

This article presents an alternative reading of Fernando Vallejo's *Our Lady of the Assassins* (1994). Taking distance from the usual analyses that focus on violence and the figure of the *sicario*, the assassin, it proposes a narratological perspective and the use of Fernando's (that out-dated *flâneur*) promenade through Medellín as the central object of study. From this standpoint, we will show how this wandering —driven by an attraction to the *sinister*— challenges frontiers and produces a hybridization with the “other” which expresses itself through the evolution of the protagonist's language. This analysis also shows how the character's movements give a critical account of the changes experimented on the local space in the context of the current geopolitical global design.

KEYWORDS

Flâneur, *sinister*, civilization/barbarism, global/local, hybridization

LA VIERGE DES SICAIRES LUE Á CONTREPOIL : POUR UNE ANALYSE DU FLÂNEUR AU TEMPS DES AVIONS ET DE REDEFINITION DE L'ESPACE PUBLIC.

RÉSUMÉ

Cet article présente une lecture de *La vierge des sicaires* (1994) de Fernando Vallejo quelque peu éloignée des axes d'approche habituels. Prenant du recul par rapport aux analyses qui se concentrent dans la violence et la figure du sicaire, et partant d'une perspective narrative, l'auteur prend comme objet central les déplacements que Fernando réalise dans la ville de Medellín, en tant que flâneur anachronique. Depuis ce point de vue, il est montré comment ce mouvement, guidé par une pulsion d'attraction vers le sinistre, défie les frontières et produit une hybridation avec “l'autre”, qui s'exprime à travers l'évolution du langage du protagoniste. De même, il est possible

d'observer comment le mouvement réalisé par le personnage rend compte de façon critique des attributs acquis par l'espace local dans le contexte de la géopolitique globale l'actuelle.

MOTS CLÉS

Flâneur, sinistre, civilisation/barbarie, global/local, hybridation

A VIRGEM DOS SICÁRIOS LIDA A CONTRAPELO: PARA UMA ANÁLISE DE FLÂNEUR EM TEMPOS DE AVIÕES E REDEFINIÇÃO DO ESPAÇO PÚBLICO

RESUMO

O presente artigo apresenta uma leitura da "Virgem dos Sicários" (1994) de Fernando Vallejo algo desviada dos eixos habituais. Tomando distância das análises que se concentram na violência e na figura do "sicário", e, partindo desde uma perspectiva narratológica, propõe tomar como objeto central o deslocamento que Fernando, em tanto *flâneur* anacrônico, realiza pela cidade de Medellín. Desde este enfoque, mostra-se como este movimento, guiado por um impulso de atração para o sinistro, desafia fronteiras e produz uma hibridação com o "outro" que se expressa na evolução da linguagem do protagonista. Assim mesmo, observa-se como o movimento realizado pela personagem serve para dar conta criticamente dos atributos que adquire o espaço local no contexto do atual desenho geopolítico global.

PALAVRAS-CHAVES:

Flâneur, sinistro, civilização / barbárie, global / local, hibridação

UAÑUCHIDURRKUNAPA MAMITICA ARRI NICHISKA: KAUACHINGAPA. IMASA KA FLÂNEUR AVIONKUNA TIAURRA I TUKUIKUNAPA KANCHAMANDA NINGAPA

UCHULLAIACHI

Kai kilkaska kauachimi uañuchidurrkunapa mamitikata (uarranga iskunpatsa iskun chungu chusku) Fernando Vallejupa mañlla man kaskaladuta rrisa. Karru karru iuiiakunata apispa tandachirri makanakuimanda i uañuchidurrmanda, i, nupgamanda parrlaskakunata katichispa, nii katichingapa ñugpa rrunakuna alpamanda llugsiskamandakunata, chikama purridurr pandarrispa, rruna Medellinladu. Kaikamdata, kauachi imasam kai iuiai, pusarrka sug ñambi kauachispa mana suma iuiaskama, sugmanda sugma ial i rruna rrunapa suglla rrimai. Chasallatata, kauarri imasa rruna iuiai rurraska bali kauachingapa kikin uasarrimai chaski chipi kaskamanda tukui iuiaikuna churraskakunamanda

RRIMAIKUNA

Flâneur, mana allí iuiaiua, ñugpachirrii/iapa rrabu, tukui, chimandallatata, chapui

Recibido el 19 de abril de 2012

Aceptado el 11 de septiembre de 2012

I. Fernando: un *flâneur* anacrónico

La virgen de los sicarios (1994) de Fernando Vallejo es, entre las novelas publicadas en las últimas décadas en Latinoamérica, indudablemente una de las más frecuentadas por la crítica. No obstante, pocas lecturas han sabido tomar distancia de su dimensión más superficial para desentrañar los múltiples significados que trascienden la figura del sicario y la tematización explícita —exhibicionista, incluso— de la violencia (tópicos que, por cierto, considerados dentro del corpus vallejiano, signado por la recurrencia de la memoria individual y las referencias autobiográficas, resultan anómalos). Dentro de esas lecturas, se destacan las desarrolladas en los trabajos de Aileen El-Kadi, “*La virgen de los sicarios* y una gramática del caos” (2007), y Victoria Orella Díaz-Salazar, “Más allá de la ciudad letrada. El intelectual, la ciudad y la nación en *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo” (2008). La lectura que aquí expongo retoma tales postulados y es deudora de ellos.

La frecuencia con que en la producción de Vallejo aparece la figura actualizada —imperiosamente problemática— del *flâneur* ha sido destacada por la crítica (Garrido 2009: 81). Por su parte, Jorgelina Corbatta al referirse a *La virgen* apunta que

Hay, sin embargo, un elemento en común [entre *Aire de tango* de Manuel Mejía Vallejo y *La virgen de los sicarios*] que es la cualidad de *flâneur* del narrador quien camina por la ciudad dando movilidad al espacio urbano mediante sus prácticas de todos los días. Es así que, de nuevo, y a través de la topografía de la ciudad y la forma en que la viven los seres que la habitan (lo que Michel de Certeau llama la vida cotidiana), se muestran las marcas que la historia y los cambios socio-culturales van inscribiendo en el cuerpo urbano (2003: 692).

Efectivamente, Fernando es un personaje que recorre vagando a la deriva una ciudad de Medellín representada

de un modo referencialista, es decir, actualizada en la ficción de manera que sus esquinas, sus calles, sus artefactos urbanos y sus plazas, son perfectamente identificables en la ciudad fáctica. En muchos casos, el destino de estos desplazamientos resulta ser una de las tantas iglesias de Medellín; en otros, el personaje simplemente se lanza sobre la geografía urbana a inspeccionarla, a documentarla, con su ojo crítico/clínico.

Desde un punto de vista narratológico, Mieke Bal intenta fundar una tipología del desplazamiento en la literatura. Al respecto, argumenta que

El personaje que se mueve hacia una meta no tiene por qué llegar a otro espacio. En muchas historias de viajes, el movimiento es una meta en sí mismo. Se espera que resulte en un cambio, liberación, introspección, sabiduría o conocimiento. Si falta incluso un objeto experimental, siquiera implícito, el movimiento, por completo sin meta, puede operar como simple presentación del espacio (1990: 104).

De aquí se extrae que el movimiento ejercido por Fernando, en principio sin mayor relevancia para la trama argumentativa central, estaría respondiendo a una necesidad introspectiva, de reflexión, y/o de “simple presentación del espacio”.

La función —desde ya conflictiva— de este nuevo *flâneur* es, por lo tanto, dar cuenta de las transformaciones urbanas y de la crisis de lo que antiguamente había sido concebido como una comunidad, ciertamente imaginada, pero al menos cohesionada bajo un repertorio de emblemas nacionales y con funciones sociales y autoridades claramente establecidas. La insistencia con que Fernando contrasta las imágenes que presencia a diario con las archivadas en su memoria como recuerdos de infancia da cuenta de un sentimiento de pérdida y de alienación que aparece formulado por el personaje como un interrogante en las primeras páginas de la novela: “¿Pero por qué me preocupa a mí Colombia si ya no es mía, es

ajena?" (9)¹. La preocupación por algo que creía suyo —Colombia, Medellín, Sabaneta— y que después de treinta años de exilio ya no le pertenece es, pues, el objeto de su reflexión; lo cual también, acaso implícitamente, incluye la pregunta por cómo restablecer ese lazo.

"La simple presentación del espacio" acarrea en realidad bastantes complejidades, puesto que al espacio están vinculados deseos, subjetividades, ideologías y relaciones de poder: en fin, una concatenación de factores altamente problemáticos². Más adelante nos detendremos en detalle en el entramado de significados que se despliega sobre la topografía literaria "presentada" en *La virgen*. Dejemos asentado por el momento que, si bien el desplazamiento realizado por Fernando puede ser —y de hecho ha sido— caracterizado como *flânerie* en el sentido que recibiera en Europa, los múltiples obstáculos que se le presentan a esta figura anacrónica convierten su práctica en una epopeya de alto riesgo y, por lo tanto, únicamente explicable por una pulsión irracional e incontenible.

En la metrópolis latinoamericana de fin de siglo se pasea al precio de poder ser alcanzado por una bala: "Vagando por Medellín, por sus calles, en el limbo de mi vacío por este infierno, buscando entre almas en pena iglesias abiertas, me metí en un tiroteo. [...] Pasé ileso, sano y salvo, y seguí sin mirar atrás porque la curiosidad es vicio de granujas" (32). O atropellado por un vehículo: "Y así voy por estas calles de Medellín alias Medallo viendo y oyendo cosas. Desquitándole a la muerte, cruzando rápido antes de que me atropelle un presunto carro" (46). Ver y oír. Con los sentidos alertas. El personaje a la deriva registra, documenta, y en ello recurre a su cuerpo, lo expone y lo lleva al límite.

II. El último gramático: entre la ciudad letrada invadida y la atracción por lo siniestro

Concedido que Fernando encarna la figura de un *flâneur* y que la función de su periplo es activar un proceso de reflexión en el personaje y dar cuenta de un espacio que se ha enrarecido, consideremos ahora en

1 Todas las citas de *La Virgen de los sicarios* son de la edición 2001, y en lo que sigue se registran sin más indicaciones que la página de aparición.

2 Al respecto, conviene recordar los postulados de Henri Lefebvre según los cuales todas las ideologías se expresan por un modo particular de concepción y consecuente modificación del espacio (1991: 44).

más detalle cómo opera esta dinámica y qué significados va produciendo el desplazamiento.

Fernando se caracteriza a sí mismo como un gramático, más aún, como "el último gramático de Colombia" (70). "Colombia, país de gramáticos" reza un célebre dicho que recuerda, pero que al mismo tiempo disimula, la sólida trama de saber —especialmente lingüístico— y poder que sirvió para establecer los fundamentos del Estado moderno colombiano a fines del siglo XIX (Cfr., entre otros, Uribe 1997). Los custodios de la norma gramatical fueron en aquel momento, "en este que fuera país de gramáticos, siglos ha" (27), también los custodios del orden conservador. Fernando no solo se identifica como el último descendiente de esa casta aferrada al poder, sino que bajo el tutelaje simbólico de su "viejo amigo don Rufino José Cuervo" (20) somete a escrutinio y crítica permanente el lenguaje popular que escucha en las calles de Medellín.

Este rasgo del personaje y la dialéctica que establece con su entorno ubican la novela, como lo ha analizado Díaz-Salazar (2008), en una serie semántica que remite a la fundación y posterior desarrollo de "la ciudad letrada" según lo ha formulado Ángel Rama (1984), pero ahora presentado como proyecto fracasado. Así lo expresa Díaz-Salazar: "la figura del narrador representa de forma problemática —estableciendo un diálogo entre el pasado y el presente— la doble función que durante el siglo XIX tuvieron los intelectuales orgánicos" (2008: 282). En sus recorridos urbanos, Fernando advierte a cada paso que el territorio que había sido refugio de la palabra escrita y centro de irradiación de un proyecto de país ha sido colonizado precisamente por quienes habían ocupado los escalones más bajos del orden imaginado. Al respecto, El-Kadi afirma que "lo central es destacar que a lo que se opone el intelectual es a la otredad inferior, negativa, pero que ha tomado los espacios que el narrador consideraba exclusivos de su cultura" (2007: 9).

Puesto que "al desquiciamiento de una sociedad se sigue el del idioma" (79), el hábito de Fernando de corregir lo que oye en su deambular urbano es también corregir el desvío de la sociedad; su voluntad restauradora de una norma lingüística aristocrática y decimonónica implica también un deseo de desandar la "involución" y retornar al viejo orden. De este modo, la novela también se inserta en un entramado literario-político de gran densidad simbólica, es decir, la línea trazada por la vieja dialéctica civilización-barbarie. Frente a Fernando, pero también junto a él, se halla la "barbarie". El espacio latinoamericano que antiguamente

había servido para demarcar competencias, jerarquías y funciones, desdoblado fundamentalmente entre campo y ciudad, se ha comprimido de manera tal que ahora ambos universos culturales se ven obligados a compartir un mismo territorio. El campo ha sido abandonado, y en la ciudad, el centro de difusión e imposición de una ideología civilizadora de cuño europeo, ahora se encuentran a diario, a cada paso, letrados e iletrados, “civilizados” y “bárbaros”. Al respecto, Fernando observa:

Cuánto hace que se murieron los viejos, que se mataron los jóvenes, unos con otros a machete, sin alcanzarle a ver tampoco la cara cuartada [sic] a la vejez. A machete, con los que trajeron del campo cuando llegaron huyendo dizque de “la violencia” y fundaron estas comunas sobre terrenos ajenos, robándose los, como barrios piratas o de invasión. De “la violencia”... ¡Mentira! La violencia eran ellos. Ellos la trajeron, con los machetes. De lo que venían huyendo era de sí mismos (119).

La clasificación racial y social y la subsecuente jerarquización dejada por el orden colonial se encuentran, pues, en el origen del mal. A su vez, la superposición, la hibridación, de los elementos que conformaban aquel orden, según lo advierte Fernando, ha acentuado el conflicto: “De mala sangre, de mala raza, de mala índole, de mala ley, no hay mezcla más mala que la del español con el indio y el negro. [...] Ésa es la obra de España la promiscua, eso lo que nos dejó cuando se largó con el oro” (129). La ciudad ha devenido así, como en un oxímoron de pesadilla, “bárbara”. Hasta aquí, el camino seguido es transparente y ya visitado por la crítica.

Ahora bien, el problema, la contradicción, reside en que Alexis, como contracara, pero fundamentalmente como compañero afectivo de Fernando, representa la encarnación más contundente de esa “barbarie” que ha invadido la ciudad y corrompido el lenguaje. Nacido en alguna de las comunas que ahora conforman “el abrazo de Judas” (118) que rodea a la ciudad letrada devenida “bárbara”, degradada, Alexis, al igual que Wílmur, es descendiente directo de esa población de origen campesino denostada por el narrador. Fernando por supuesto lo advierte: “Sin saber ni inglés ni francés ni japonés ni nada sólo comprende el lenguaje universal del golpe. Eso hace parte de su pureza intocada. Lo demás es palabrería hueca zumbando en la cabeza. No habla español, habla en argot o jerga” (31). El lenguaje del “otro”, como en tiempos bíblicos, es retratado como jerga o sublengua, es cierto, pero en esa “carencia” de saber letrado Fernando también halla un fuerte atractivo: “Esta pureza incontaminada

de letra impresa, además, era de lo que más me gustaba de mi niño” (64). El rechazo, el desprecio que Fernando siente por la cultura primitiva y violenta que ha ocupado lo que él creía propio debe ser, pues, matizado. Rechazo, sí, pero también atracción, puesto que el sicario siempre aparece erotizado, como deseo, a los ojos de Fernando. Lo que moviliza a Fernando por la geografía castigada de Medellín es también deseo. El impulso que lo obliga a salir y recorrer las calles se explica también por una necesidad de contacto físico con las expresiones culturales de ese “otro” cercano que ha sido históricamente reprimido y ahora se manifiesta de un modo incontenible, desbordante, y ahora sí —usando el término freudiano que comenzó a sugerirse en las últimas líneas— *siniestro*³.

En referencia al fenómeno, Díaz-Salazar sostiene que “aquel sujeto al que se le había dejado fuera de la comunidad nacional que se construyó a partir de las constituciones, ese no ciudadano, por no ser sujeto de la ley —ley que no podía comprender, ya que eran leyes escritas— hace su aparición como lo reprimido —con todo su sentido amenazador— en la escena urbana” (2008: 286). Esa emergencia de lo reprimido, incluso con todo su carácter amenazador, posee, sin embargo, un marcado componente erótico que no es registrado por Díaz-Salazar. Del mismo modo que en *Rosario Tijeras* (1999) de Jorge Franco, una novela que con frecuencia ha sido leída en paralelo a *La virgen de los sicarios*, el sicario/la sicaria es retratado/a como un objeto de deseo claramente erotizado. Lo “bárbaro” reaparece y, a pesar de los temores atávicos que despierta en lo que queda de la ciudad letrada, seduce. La cadena semántica atracción-represión-amenaza-reaparición decanta precisamente en lo que Freud caracterizó como *das Unheimliche*, puesto que “Unheimlich sei alles, was ein Geheimnis, im Verborgenen bleiben sollte und hervorgetreten ist” (1955: 236)⁴. El lado reprimido del yo nacional, relegado a los extramuros del refugio urbano, se ha manifestado y reactualiza su vínculo indisoluble con una cultura letrada que lo ha creado como desecho y contraimagen. “Der Charakter des Unheimlichen”, sostiene Freud, “kann doch nur daher rühren, daß der Doppelgänger eine den überwundenen seelischen Urzeiten angehörige Bildung ist, die damals allerdings einen freundlicheren Sinn hatte.

3 La categoría de Sigmund Freud *das Unheimliche* resulta de difícil traducción al español. A falta de mejores opciones, se ha privilegiado el término “lo siniestro” y así se ha difundido en el ámbito hispanohablante. En algún caso también podría considerarse válido “lo inhóspito”.

4 “Siniestro/inhóspito sería todo lo que debería haber permanecido oculto, como un secreto, y que se ha manifestado” (la traducción es mía).

Der Doppelgänger ist zum Schreckbild geworden, wie die Götter nach dem Sturz ihrer Religion zu Dämonen werden" (248)⁵. El doble es lo que aparentemente se había superado y lo que vuelve. Es también, como Wílmor, en tanto duplicación de Alexis, a lo que irremediabilmente vuelve Fernando.

El derrotero de Fernando por la ciudad está signado, por lo tanto, por esa dupla contradictoria de rechazo y atracción. Junto con Alexis aprende los códigos del espacio enrarecido que lo rodea y a interactuar con él. Gracias a esta suerte de (des)aprendizaje e impulsado por un deseo irracional, ingresa no solo en tiroteos, sino también en las comunas de "Medallo" donde el riesgo de vida es permanente: "Ah, porque dizque nos iban a matar en Aranjuez, un barrio alto pero muy bajo, alto en la montaña y bajo en mi consideración social" (61). La ciudad, su espacio público, está en disputa, y Fernando arriesga su cuerpo atravesando fronteras fuertemente custodiadas. Va a visitar a la madre de Alexis, aun a sabiendas de que "Cada comuna está dividida en varios barrios, y cada barrio repartido en varias bandas: cinco, diez, quince muchachos que forman una jauría que por donde orina nadie pasa. Es la tan mentada 'territorialidad' de las pandillas..." (81). De tal modo que el desplazamiento de Fernando cumple también la función de restaurar imaginariamente una cierta integridad a un cuerpo urbano desmembrado —"El tiempo barre con todo y las costumbres. Así, de cambio en cambio, paso a paso, van perdiendo las sociedades, la cohesión, la identidad, y quedan hechas unas colchas deshilachadas de retazos" (42)— por medio de un uso perseverante del espacio público. El cruce de fronteras que ejerce Fernando al ingresar en el territorio del "otro" es por supuesto también un cruce social. El deambular sin destino, por el mero hecho de hacerlo o de hacer uso del carácter público del espacio, implica no solo una reapropiación simbólica de él, sino también la posibilidad de satisfacer un deseo personal y al mismo tiempo una utopía social. Así narra Fernando el encuentro con Wílmor:

Yendo por la carrera Palacé entre los saltapatastrases, los simios bípedos, pensando en Alexis, llorando por él, me tropecé con un muchacho. [...] Le pregunté que para dónde iba y me contestó que para ninguna parte. Como yo tampoco, bien podíamos seguir juntos sin interferirnos. Tomando

5 "El carácter de lo siniestro/inhóspito únicamente puede deberse a que el doble es una imagen perteneciente a una instancia psíquica primitiva y superada que originalmente poseía un sentido más amistoso. El doble se ha convertido en una imagen abyecta, como los dioses, después de la caída de su religión, devienen demonios" (la traducción es mía).

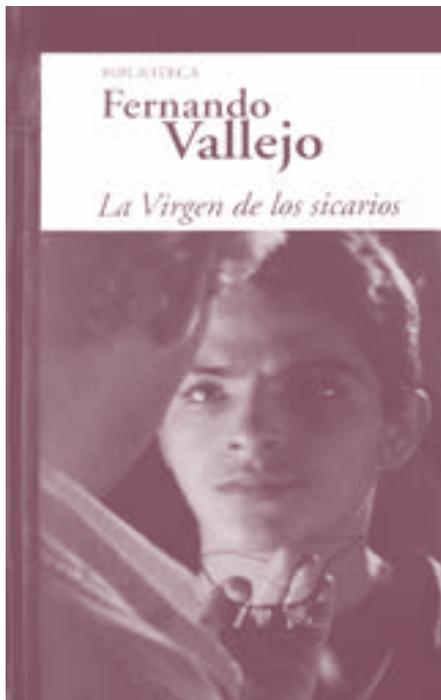
hacia ninguna parte por la calle Maracaibo desembocamos en Junín (130).

El desplazamiento a través del cuerpo urbano por parte de Fernando, violando fronteras, deseando el cuerpo del "otro" *siniestro*, implica también una contaminación del yo, la "barbarización" del "último gramático colombiano". Veremos en el próximo apartado cómo se realiza y dónde se manifiesta esta mutación del personaje, dejemos apuntado por el momento que este sumergirse en y dejarse afectar por la cultura "salvaje" producido en el desplazamiento hacia y por el territorio del "otro" reproduce el realizado por Arturo Cova setenta años antes en *La vorágine*. El poeta modernista de aquel entonces se encuentra con el "otro" al trasladarse de la ciudad al llano y de este a la selva, el gramático de *La virgen*, en tiempos de un nuevo orden global, ya no necesita dirigirse a los extramuros de la fortaleza "civilizada", sino precisamente llegar a la ciudad latinoamericana, desde su exilio, y a continuación adentrarse en ella.

Este acercamiento al "otro", realizado por un narrador totalitario y totalizante, autoritario, pero sin duda permeable a su entorno, tiene lugar también en un espacio cerrado: "la habitación de las mariposas" en la casa de su amigo José Antonio Vázquez. En esa casa, no solo se cruzan fronteras sociales, sino también las que impone la normativa heterosexual. El tiempo allí se ha detenido, hay "relojes, relojes y relojes viejos y requeteviejos, de muro, de mesa, por decenas, por gruesas, detenidos todos a distintas horas burlándose de la eternidad, negando el tiempo" (13). Se trata de una hora cero, una instancia adánica de refundación radical del pacto social y sexual. La "civilización" y la "barbarie" se reencuentran en el espacio público y en el privado confunden sus secreciones en un gesto definitivamente nihilista. Ya no habrá reproducción, poco se espera de ese encuentro. Pero a diferencia de lo que sucede en la ciudad, desperdigada en múltiples esquirlas inconexas y hostiles entre sí, la utopía de fundirse en un todo, que aun así conserva las particularidades de sus elementos, vuelve a ser posible por medio del nuevo pacto convenido entre Fernando y sus amantes: "He dejado de ser uno y somos dos: uno solo inseparable en dos personas distintas" (76).

III. Entre la norma culta y la heteroglosia. Derivas (también) del lenguaje

Hemos señalado que los recorridos realizados por Fernando y su vínculo insistentemente actualizado con



◀ Portada de *La Virgen de los sicarios*, fotografía: Jesús Holmes Muñoz, Cortesía: Librería Lerner - Bogotá Colombia, 2012

personajes pertenecientes al *siniestro* mundo de las comunas no pueden menos que afectar al narrador y transformarlo. De un modo similar a lo que sucediera con Arturo Cova, Fernando aprende y progresivamente asume un rol de mediador entre la cultura iletrada y los lectores que accederán a su testimonio.

En referencia a la evolución de Fernando, El-Kadi ha señalado que, "paulatinamente y como resultado de su relación con los criminales, va dejando de ser un letrado moderno para convertirse en ese bárbaro posmoderno" (2007: 6). Esta observación —convengamos, algo extrema, puesto que Fernando nunca abandona su registro de superioridad y desdén hacia el "otro"— se circunscribe, según lo expone El-Kadi, a su pérdida de sentido moral. La indiferencia ante la muerte y la violencia, sus propias reacciones cargadas de agresión e intolerancia, el abandono del cuerpo de Alexis en un hospital, etc., son parte de este perfil barbarizado que va adquiriendo Fernando.

Sin embargo, puesto que el personaje se presenta como un purista lingüístico y que el lenguaje es la principal herramienta que utiliza para demarcar identidades, resulta conveniente destacar las inscripciones que esta evolución del carácter de Fernando va dejando en su registro. Las observaciones acerca del habla popular de Medellín son frecuentes, en las primeras páginas analiza el modo de expresarse de Alexis e informa que

...la jerga de las comunas o argot comunero [...] está formado en esencia de un viejo fondo de

idioma local de Antioquia, que fue el que hablé yo cuando vivo (Cristo el arameo), más una que otra supervivencia del malevo antiguo del barrio de Guayaquil, ya demolido, que hablaron sus cuchilleiros, ya muertos; y en fin, de una serie de vocablos y giros nuevos, feos, para designar ciertos conceptos viejos: matar, morir, el muerto, el revólver, la policía... Un ejemplo: "¿Entonces qué, parece, vientos o maletas?" ¿Qué dijo? Dijo: "Hola hijo de puta". Es un saludo de rufianes (31).

Aquí y en otros fragmentos el gramático decimonónico asume una función de intérprete, somete a su maquinaria de disección positivista el lenguaje popular local y deja asentada una relación determinista entre sus usos y la criminalidad. No obstante, a medida que Fernando profundiza su relación con sus amantes sicarios y avanza por las calles haciendo con ello avanzar el relato, se advierte una suerte de contaminación de su propio registro. Involuntariamente, los usos que él cree correctos comienzan a desdibujarse y a dar paso en su misma voz a la voz del "otro", sicario, pobre e iletrado.

La variación "a la final" —de uso muy extendido en América Latina— por "al final" es señalada por Fernando como anómala, como propia de los sectores populares, en las primeras páginas: "'A la final', como dicen en las comunas" (22). El entrecomillado refuerza el carácter de ajenidad que representa el giro inserto en lo que podría ser considerado un largo monólogo solipsista de un letrado que ya no posee interlocutor alguno. Promediando la novela, sin embargo, el giro no solo

pierde su entrecomillado, sino que reaparece inscrito en un enunciado con múltiples marcas de origen popular: “Impuestos y más impuestos pa que a la final ni haiga ni con qué tapar un hueco” (63). Algo similar ocurre con el verbo “bajar” empleado con el valor de “matar”: mientras que en la página 43 aparece enmarcado entre comillas para destacar su carácter “prestado”, en la 54 ya se ha incorporado a la voz del gramático y, puesto que las comillas han desaparecido, asimilado como algo propio. Lo mismo ocurre con el término “gonorrea”, explicado al comienzo de la novela, y progresivamente absorbido por la corriente discursiva desplegada por Fernando.

El análisis detenido de estas particularidades del registro de un narrador homodiegético que aparentemente tiene bajo el control de su percepción y conciencia la presentación de los fenómenos experimentados, da cuenta de que en su misma voz tiene lugar un proceso de hibridación, de deriva hacia una *heteroglosia* involuntaria que acaso ni el mismo narrador reconocería. Fernando se barbariza, pero sin dejar de ser el último gramático de Colombia. En él, como en la ciudad, tiene lugar un encuentro, una fusión —necesariamente problemática— de subjetividades. De su deambular por las calles, de su cruce de fronteras, se sigue una contaminación: su integridad no permanece inmune. Alexis y Fernando terminan por ser uno, sus cuerpos entrelazados en el cuerpo de la ciudad, sus lenguajes tensionados entre la palabra escrita y la iletrada.

IV. De Europa a Medellín y de allí a Medallo. Un acercamiento a lo local

El desplazamiento de Fernando por Medellín supone un traslado previo desde el exterior, desde Europa como zona privilegiada a una desfavorecida. Las razones que llevan a Fernando, después de treinta años fuera de su ciudad de origen, a volver a Colombia son inciertas, pero indudablemente el impulso es lo suficientemente intenso e irracional como para que pueda convivir con la degradación generalizada que encuentra.

Fernando no solo es culto, sino también un cosmopolita *bonvivant* que ha sabido de la violencia en Colombia a través de la televisión: “Cuando mataron al candidato que dije yo estaba en Suiza, en un hotel con lago y televisor” (57). Su traslado a y por Medellín significa, por lo tanto, la posibilidad de que el personaje entre en contacto directo con la ciudad “real” y el paisaje local. La mirada clínica a la que somete a Medellín y sus pobladores opera como una suerte de *zoom* que

lleva desde una perspectiva distanciada y superficial a una concentración obsesiva en los detalles mínimos. Desde lo global a lo local. Se trata de experimentar con los propios sentidos —con los pies, con la vista, con el oído—, siempre exponiendo el cuerpo, las inflexiones de un espacio que en el contexto de un proceso de redefinición del diseño global ha perdido visibilidad.

Como ya se sugirió con Mieke Bal, el deambular de Fernando por la ciudad cumple la función de “presentar” las particularidades del escenario, más específicamente, en el caso de *La virgen*, los atributos que posee el territorio local. La violencia por supuesto abunda. Gamines, niños de la calle, aspiran pegamento (106). La alteración del paisaje por la aparición de nuevos artefactos urbanos representativos de la expansión de la globalización neoliberal también es documentada por Fernando: “Viniendo de la catedral, en el parque de Bolívar donde Junín desemboca a este, en ese Centro Comercial de ladrillo que construyeron sobre el sitio mismo en que se levantaban, siglos ha, arqueológicamente, las dos cantinas de mi juventud, el Metropól y el Miami” (76). Del mismo modo, el impacto local de los nuevos flujos transnacionales de capitales y mercancías es advertido por Fernando: “Eran los infinitos carros comprados con dineros del narcotráfico que en los últimos años embotellaban la ciudad” (117). En breve, en el cuerpo urbano que recorre el protagonista y que les presenta a los lectores se hallan inscritas múltiples marcas que dan cuenta de una inserción problemática de Medellín en el diseño global que la enmarca. Una inserción que favorece a pocos y que mantiene anclados en la escasez y el empobrecido espacio local a muchos:

Pero no nos desviemos de las comunas de aquí abajo y sigamos subiendo, viendo: ojos secretos nos espían por las rendijas: ¿Quiénes seremos? ¿A qué vendremos? ¿Seremos sicarios contratados, o vendremos a contratar sicarios? Asolados por las bandas, se ven aquí y allá negocitos entre rejas: una venta, por ejemplo, de aguardiente, o un “granero” con su extenso surtido de cuatro plátanos, cuatro yucas y unos limones podridos (81).

Mientras que el territorio local abunda en carencias y conflictos sociales, otros espacios, conocidos por el letrado de la era global que representa Fernando, concentran beneficios, bienestar e incluso lujos. La ironía con que retrata el fenómeno no carece de una dimensión crítica. Cuando un mendigo sube al bus en el que viaja reflexiona:

¡Por qué no especuláis en la bolsa, faltos de imaginación, desventurados! O montáis una corporación financiera y os vais a Suiza a depositar y a la Riviera a gastar. ¡O qué! ¿Creéis que el mundo se acabó en Medellín y que todo es sancocho? Bobitos, el mundo sigue y sigue, se va redondiando [sic], dando la vuelta hacia las antípodas hasta que llegas, por la parte de debajo de la naranja, en jet propio o primera clase a la Côte d'Azur, donde hay salmón, caviar, pâté de foie, y putas de a quinientos dólares que no habéis olido en vuestras míseras vidas (147).

Fernando ha regresado a Medellín y experimenta en persona el fuerte contraste entre Europa y Colombia, las diferentes formas de insertarse en la dinámica global que tienen las regiones. Piensa en el cardenal López T. y dice: "Yo me lo imaginaba poniéndoselas [las joyas] ante un espejo de cristal de roca renacentista para irse luego a divisar, todo enjoyado, a la ciudad santa desde Villa Borghese. A ver volar palomas sobre las cúpulas, y entre esas palomas del Espíritu Santo. ¡Él allá disfrutando de semejante espectáculo, y yo aquí viendo volar gallinazos sobre los botaderos de cadáveres!" (99). Sus ojos, su mirada crítica, es pues también un recurso para testimoniar el descalabro en el que se halla el espacio local, para informar que, si es que Medellín efectivamente participa del orden global neoliberal, no lo es precisamente para su beneficio.

Ahora bien, a diferencia de Fernando, quien puede trasladarse a voluntad por el mundo, Alexis se encuentra afeerrado al espacio local más estrecho. Como lo comprueba Fernando, su capacidad de movilidad es prácticamente inexistente: "Pero si Alexis no conoce el mar para qué lo menciono. No conoce ni siquiera el Cauca que está aquí abajo, el río de mi niñez que tiene una 'u' en medio. [...] Alexis sólo conoce arroyos turbios, desagüeros" (43). Su experiencia de la globalización tiene pues poco de ventajoso, el mundo a él, al igual que al resto de los habitantes pobres de Medellín, no se le ha abierto. Lo único que efectivamente experimenta de la globalización es la violencia producida en las comunas por el tráfico internacional de drogas, los cambios urbanos y el consumo de información a través de la televisión y de productos como el rock con sello internacional. Cuando Fernando le pide a Wílmor que escriba qué espera de la vida, este hace una lista que incluye "unos tenis marca Reebok [sic] y unos jeans Paco Ravanne [sic]. Camisas Ocean Pacific y ropa interior Kelvin Klein [sic]. Una moto Honda, un jeep Mazda, un equipo de sonido láser y una nevera para la mamá: uno de esos refrigeradores enormes

marca Whirlpool [sic] que soltaban chorros de cubitos de hielo abriéndoles simplemente una llave" (131). Sin duda, en esta lista se expresa más que el simple deseo de poseer lo que por origen social se le niega, en ella también está contenido, por lo que representan las marcas nombradas, el deseo de acceder a una globalización fundada en el consumo que lo ha excluido. Las marcas son tanto símbolo de estatus como de acceso a una cadena de producción y consumo que al trascender las fronteras nacionales ha devenido mundial, pero por cierto no necesariamente para todos. Para concluir, recordemos con Zygmunt Bauman que

Some of us become fully and truly "global"; some are fixed in their "locality" – a predicament neither pleasurable nor endurable in the world in which the "globals" set the tone and compose the rules of the life game.

Being local in a globalized world is a sign of social deprivation and degradation. The discomforts of localized existence are compounded by the fact that with public spaces removed beyond the reaches of localized life, localities are losing their meaning-generating and meaning-negotiating capacity and are increasingly dependent on sense-giving and interpreting actions which they do not control (1998: 2-3).

Fernando, en tanto miembro de la élite favorecida por la globalización neoliberal, es decir, alguien que ha devenido global, se distancia de su lugar de pertenencia y se acerca a ese universo del "otro" que permanece recluido en un espacio local abandonado a su suerte. Ese es, pues, el gran desplazamiento de Fernando: de los viajes en avión, al recorrido a pie; de Europa, a las comunas de Medellín; de una perspectiva global, a una local. En este proceso, Fernando presta sus ojos y su voz —con sus numerosas contradicciones, por supuesto— para que lo local tome conciencia de sí y pueda de ese modo comenzar a generar y negociar significados desde su especificidad.

V. Conclusiones

Hemos visto en los desarrollos anteriores que la figura de Fernando encarna un tipo de *flâneur* problemático, una paseante que, si bien posee atributos similares a los que caracterizaron al que recorría las calles del París decimonónico, con un ademán marcadamente anacrónico interactúa con el contexto, con la ciudad

de Medellín que alguna vez le fuera “propia”, dando lugar a permanentes tensiones. La ciudad ha cambiado, el espacio público se ha comprimido y la modernización es profundamente selectiva. En este contexto, Fernando, mediante sus recurrentes paseos, se reapropia de un territorio que parece abandonado al capricho de la violencia y los intereses privados. Su andar, que a simple vista pareciera injustificado, posee, sin embargo, múltiples sentidos y funciones.

A la revalorización simbólica del espacio público, como se ha señalado siguiendo a Bal, se agrega la función de comunicar los fragmentos en que ha quedado dispersa la ciudad. Fernando, guiado por un deseo difícil de concebir y que aquí hemos tratado de caracterizar como atracción por lo *siniestro*, atraviesa fronteras, ingresa a zonas “prohibidas”, se comunica con el “otro” y lo experimenta en su propio cuerpo. En esta interacción entre el personaje y su entorno se actualiza también un dilema que atraviesa la historia de Latinoamérica: “civilización” y “barbarie”; la ciudad letrada, su último representante, y el “otro” excluido de la ciudadanía se encuentran cara a cara y se contaminan mutuamente. El letrado así se torna “bárbaro”; su comportamiento, “primitivo”; su lenguaje, mestizo.

Al mismo tiempo, en el movimiento que va de Europa a Medellín y del refugio representado por el departamento del narrador a las calles y las comunas, se pone al descubierto en toda su expresión la compleja dialéctica que se produce entre los cambios globales y los impactos locales. En este sentido, Fernando no solo se “barbariza” al entrar en contacto con el “otro”, campesino, pobre, sicario, sino que también modifica su perspectiva distanciada, mediatizada por la televisión, a una interesada por los detalles de lo local y experimentada con el propio cuerpo. En este movimiento, con toda su carga conflictiva, el espacio local ha ganado visibilidad, las subjetividades que entregadas a su suerte lo habitan se han manifestado en un contexto en que los “globales” dan la tónica y se han convertido en el objeto privilegiado de gran parte de los estudios culturales actuales. Entre tanto, Medellín ha seguido su derrotero y los niveles de violencia y abandono que la caracterizaron a comienzos de los años 90 hoy han retrocedido sensiblemente gracias a programas estatales de recuperación del espacio público y la intervención de movimientos ciudadanos. En vista de este proceso —desde ya celebrable—, podría plantearse la pregunta por qué parte de responsabilidad le corresponde a *La virgen de los sicarios* —en tanto *bestseller* que ha sido intensamente leído y que, por lo tanto, ha logrado llamar la atención sobre una serie de

graves problemas que parecían irreversibles— precisamente en la reversión de la tendencia.

Referencias

- Bal, M. (1990). *Teoría de la narrativa (Una introducción a la narratología)*. Madrid: Cátedra.
- Bauman, Z. (1998). *Globalization: The Human Consequences*. Nueva York: Columbia University Press.
- Corbatta, J. (2003). “Lo que va de ayer a hoy: Medellín en *Aire de tango* de Manuel Mejía Vallejo y *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo” en *Revista Iberoamericana*, LXIX.
- Díaz-Salazar, V. O. (2008). “Más allá de la ciudad letrada. El intelectual, la ciudad y la nación en *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo” en *CAUCE, Revista internacional de filología y su didáctica*, No. 31.
- El-Kadi, A. (2007). “*La virgen de los sicarios* y una gramática del caos” en *Espéculo. Revista de estudios literarios*, 35. Disponible en: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero35/index.html>.
- Freud, S. (1955 [1919]). „Das Unheimliche“ en *Gesammelte Werke* 12. London: Imago Publishing.
- Garrido, F. V. (2009). *Las máscaras del muerto: autoficción y topografías narrativas en la obra de Fernando Vallejo*. Bogotá: Universidad Javeriana.
- Lefebvre, H. (1991). *The Production of Space*. Oxford: Blackwell.
- Rama, Á. (1984). *La ciudad letrada*. Montevideo: Comisión Uruguay pro Fundación Internacional Ángel Rama.
- Rivera, J. E. (1990 [1924]). *La vorágine*. Madrid: Cátedra.
- Uribe, E. von der W. (1997). “Limpia, fija y da esplendor. El letrado y la letra en Colombia a fines del siglo XIX” en *Revista Iberoamericana*, LXIII.
- Vallejo, F. (2001 [1994]). *La virgen de los sicarios*. Madrid: Suma de letras.

